

El papel de la nube

Del golpe de dados al clic

Mónica Pallone

› **Resumen**

La potencia simbólica del libro lo aleja, en el imaginario colectivo, de su posibilidad de destrucción o desaparición. Existe una autoridad propia de la letra escrita (autor=*auctoritas*) que desafía hasta las mentes afebradas de autócratas o fundamentalistas. El objetivo de esta ponencia es extender el debate acerca de si el formato virtual del libro podrá conservar o aun incrementar tamaña herencia; o acaso, si las escrituras emergentes de las pantallas retroiluminadas serán tan sagradas como aquellas que aún parecen conservar el aroma de los cirios y el claroscuro de los claustros. Presupone todo un desafío para este dispositivo de conservación, divulgación y depósito de la cultura universal, que atravesó ileso todas las contingencias posibles, y que sobrevive en un mundo donde la tecnología es lo único que parece evolucionar.

* * *

La reivindicación del valor semántico nacido de la palabra impresa, en convivencia con todos los dispositivos de producción y circulación de información, genera las mismas transformaciones que se visualizan en las propias artes. Un innegable proceso de hibridación que, como expresa Arlindo Machado, no solo roza los límites exteriores de cada una de las disciplinas comunicacionales —productoras de sentido o productoras de arte— sino que involucra los núcleos duros de cada una de ellas. Esto es, los basamentos económicos, teológicos, sociales, éticos y estéticos que caracterizan a las diferentes disciplinas.

En la edición de 1929 de *El bibliotecario y la biblioteca* de la Fundación y Organización de Bibliotecas Populares, su autor Alfredo Cónsole, en el capítulo referido a las “Bibliotecas Circulantes, suerte de nubes a ras de tierra”, expresa textualmente: “Para combatir el menosprecio del libro, que trae aparejado casi siempre la inclinación al vicio o revela el más crudo materialismo, se ha ideado la biblioteca circulante o agresiva” (Cónsole,

1929: 81-82). Su objetivo —en palabras del autor— era perseguir a los lectores que no se tomasen la molestia de ir a la biblioteca, en pos de construir “la avanzada de progreso en la lucha contra la ignorancia y los vicios”. La carga simbólica, la expectativa en términos de orden y progreso que occidente depositó en el libro de papel es descomunal. La dicotomía entre civilización y barbarie pareció desplegarse en medio de páginas impresas. No podemos dejar de reflexionar a partir de estos textos de edad madura sobre la violencia ideológica, el peso político que emana del abordaje semiótico del libro. “Términos como *inscripción, escrito, escriba* y el productivo campo semántico del que proceden —expresa el teórico francés George Steiner—, enlazan íntima e inevitablemente el acto de escribir con unos modos de gobierno” (2007). Pensemos en los lugares del silencio, en los altares productores de valor y allí estarán los libros ordenados en bibliotecas, portadores de una sabiduría que durante siglos retacearon su accesibilidad.

La tensión entre la eficacia del lenguaje, las reglas y dispositivos de la construcción del discurso y los soportes que articulan la comunicación son de vieja data. Quizás podamos encontrar un ejemplo revelador de este fenómeno en las dos obsesiones que habitaron el mundo de Stéphane Mallarmé: la creación de la obra total y el libro integral, múltiple, que contuviese potencialmente todos los libros posibles. El poeta imaginó un libro móvil, capaz de hacerse y deshacerse, sin comienzo ni final, donde sus páginas intercambiables se permutaran en todas direcciones y sentidos, en virtud de leyes propias, intrínsecas, que dominaran el procedimiento. El *Livre*, como lo denominó, jamás pudo concretarse. Mallarmé no contó con el software adecuado para tal tarea, pero sí nos dejó un boceto, la sombra de una nube, en su poema *Un golpe de dados jamás abolirá el azar*. Allí diseñó un espacio-tiempo donde sucumben en un naufragio el lenguaje, la métrica, la musicalidad y las certezas. Con minuciosidad propia de un físico cuántico define silencios, tipografías, vacíos y códigos cifrados, dando vida a un espacio en el que el propio trovador se somete a la violencia de la tempestad, instancia donde el lenguaje solo muestra su incapacidad para luchar contra una realidad impredecible e inabarcable. El poeta maldito anuncia una nube de veinticuatro páginas donde se hunde con los dados en su mano, sin revelar su destino, sin revelar el resultado, para que estos puedan rodar eternamente. El golpe de dados de Mallarmé disputa un lugar de privilegio en la virtualidad, paradigma de la intertextualidad.

Bien sabido es que la cultura no se nutre solo de la tradición, sino también, de su *aggiornamento*. De acuerdo con Córdón y Díaz, profesores de la Universidad de Salamanca acerca de que “...todo nuevo soporte de comunicación ha representado siempre una redistribución de roles con respecto a los preexistentes, pero casi siempre desde la óptica de la coexistencia, y no de la exclusión” (2012). Como producto de esta concomitancia, en el año 2013, la Real Academia Española publicó junto a la definición de libro, entre otras, las

acepciones: “dispositivo electrónico que permite almacenar, reproducir y leer libros”, y “libro en formato adecuado para leerse en ese dispositivo”.

La edición de libros electrónicos de lectura en pantallas retroiluminadas, portátiles y tinta digital que imita el efecto impreso sobre papel, será una de las primeras migraciones entre soportes, éxodo que será posibilitado gracias a aquel primigenio enlace por medio de la línea telefónica conmutada entre las universidades de UCLA y Stanford a fines de los años 60, y catapultada veinte años después a través del protocolo www (World Wide Web) que utiliza Internet —tecnología de información— como medio de transmisión de datos.

Estos avances hicieron que la actividad editorial se convirtiera en un gran campo de experimentación donde los términos *secuencia* y *causalidad* trocaron por *integración* y *continuidad*. El Proyecto Gutenberg, biblioteca de libros electrónicos gratuitos de volúmenes físicos existentes desarrollado por Michael Hart en 1971, da cuenta de la relevancia de la distribución de contenidos digitales en el ámbito de lo público. En vísperas del año 2000, el acceso a esa aglomeración de información provocó el alumbramiento diligente de dispositivos de lectura denominados indistintamente *e-readers* o *e-books*, que acaparan el mercado de los libros electrónicos con modelos como el SoftBook, Rocket eBook, Cybook, Kindle, Cool-er, o el Nook, entre otros. Luego, la evolución de los entornos tecnológicos y la accesibilidad a la información no solo devino en producción de contenidos ahora multimedia, sino en la hibridez de dispositivos multifunción como las *tablets*, *netbooks*, *iPad* o *smartphones*, artefactos todos portables, con pantallas táctiles y asequibles a un público ávido del *point & click*, pulsar el mouse como dirán los ingleses, un clic que se traducirá en el *aquí y ahora*.

El almacenamiento en la nube (del inglés *cloud storage*), se presenta como la consecuencia natural al cúmulo de producción, procesamiento y acceso a la información. La nube ofrece al usuario la posibilidad de acopiar y administrar sus archivos, datos o aplicaciones a partir de tres modalidades: Software como Servicio (SaaS), Plataforma como Servicio (PaaS) e Infraestructura como Servicio (IaaS). Espacios virtualizados por terceros a través de redes como las plataformas Dropbox, Google Drive, iCloud, Onedrive o Dataprius, entre otros.

El ciberespacio configura un verdadero hipertexto a partir de la acumulación de distintas capas de sentido. Lo que le permite abolir los principios aristotélicos de identidad única y el de no contradicción, ya que sufrirá tantas contradicciones como tantos lectores-usuarios se involucren sin abandonar su condición primigenia. Es por eso que la virtualidad, superando el principio de identidad, puede ser un texto o todos los textos, y se convierte en el paradigma de un *absoluto real*. ¿En qué difiere el *absoluto real* propuesto por la existencia aparente de la nube con el *absoluto metafísico* propio del absoluto crítico? En que el primero es absoluto dentro del marco de sistemas o formatos digitales,

comenzando por el software que le dio origen, mientras que el segundo debe apelar a verdades últimas (esencialismos, teologías, etcétera).

Cuando la virtualidad se aleja de los dispositivos lineales clásicos propios de la representación ordenadora del mundo, hablamos del relato y habilita otras dimensiones que alcanzan su fuerza representativa en la posibilidad de interactuar con su estructura (*hardware y software*), configuraciones distintas de las trascendentes de los objetos del mundo, incluidos los textos en papel.

Este diálogo virtual, mediado a través de *links*, permite una permanente actualización de los estratos textuales, contenidos, formatos, así como también la ubicación témporo-espacial que los distintos textos van ocupando en el aquí y ahora. A algunos de estos textos podríamos situarlos en la superficie del ciberespacio, mientras que otros habitarán temporariamente las profundidades inmemoriales, hasta que el usuario-lector solo ejecute un clic, y ante esa acción, una nueva ventana (*window*) lo recupere a la superficie.

Es probable que el libro, tal como hoy lo concebimos, deje de ser un objeto manipulable, olfateable, fetiche de capital simbólico invaluable. Ahora bien, también fue superado en su momento el dispositivo propio del grafismo sobre piedra como el de Altamira. Sin embargo, la nube virtual debe mirar asombrada desde las alturas cómo se pueblan de escrituras, signos, imágenes y diseños los muros de las grandes ciudades del planeta. Pareciera que hay mensajes que no logran huir de su medio. ¿Qué sería del naufrago sin un papel y una botella?

La virtualidad se apodera, entre otras cosas, de uno de los bienes más apreciados de la condición humana, “el secreto del ser en el habla”, como dice George Steiner citando a Pierre Boutang. (2007). No debemos abrumarnos porque los viejos legados escritos que deambulan ahora en los distintos estratos de la nube luzcan efímeros, maleables, vulnerables, convertibles y hasta modificables. En realidad, el sueño de eternidad de las majestuosas bibliotecas de madera tampoco era garantía de perennidad. “Una montaña podía ser la palabra de Dios, o un río, o el imperio o la configuración de los astros. Pero en el curso de los siglos las montañas se allanan y el camino de un río suele desviarse y los imperios conocen mutaciones y estragos y la figura de los astros varía. En el firmamento hay mudanza...”, manifiesta Borges en “La escritura del Dios” y agrega: “...aun en los lenguajes humanos no hay proposición que no implique el universo entero” (1949). El universo entero se ofrece hoy como un multitexto, infinito y variable. La nube, paradójicamente no es más que una alegoría de la propia naturaleza.

Quizás uno de los rasgos más significativos que la intertextualidad aporta es el nuevo tipo de contrato que se establece entre autor y lector-usuario. El autor (del latín *auctoritas*, autoridad) resigna parte del caudal de poder que su obra le asigna para diluirlo

en una complementariedad interactiva. Caduca en palabras nuevamente de Steiner la “reivindicación de lo magistral, de lo canónico” (Steiner, 2007), por una participación co-existencial donde no hay libro sin lector, y la construcción de sentido es responsabilidad de ambos.

A modo de cierre, retomo otro fragmento del escrito de Cónsole: “...los libros que son leídos a menudo por personas que los manejan con delicadeza, se conservan nuevos por mucho tiempo” (1929: 179). Lejos estaba de imaginar, este librero y profesional de la biblioteconomía y de la bibliografía, que el progreso, bajo la figura de la revolución digital y la sublimación tecnológica, le quitaría materialidad a los libros; que los dispositivos contemporáneos de acceso, producción y circulación de la comunicación difícilmente midan el grado de delicadeza con que se los aborda y que su texto de 1929 posiblemente esté pasando un mal momento en la virtualidad, quién sabe quizás bajo la influencia del hechizo del movimiento post Gutenberg que proclamaba la muerte del libro.

Bibliografía

Borges, J. L. (1949). “*La escritura del Dios*”. En *El Aleph*, Losada.

Cónsole, A. (1929). “Bibliotecas Circulantes”. En *El Bibliotecario y la Biblioteca*, pp. 81-82, 179. Buenos Aires, Fundación y Organización de Bibliotecas Populares.

Cordón García, J., Gómez Díaz R. y Alonso Arévalo J. (2012). *Gutenberg 2.0: La revolución de los libros electrónicos*. Gijón, Trea.

Machado, A. (2006). “Convergencia y divergencia de los medios”. Miradas, EICTV. En línea: <http://www.hamalweb.com.ar/hamal/contenedor_txt.php?id=81> (consulta: 1-6-2016).

Mallarmé, S. (2010). *Un golpe de dados*. Pleamard.

Steiner, G. (2007). *Los logócratas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

La autora

Mónica Pallone

Diseñadora gráfica (Universidad de Buenos Aires) y Periodista (Instituto Grafotécnico – Cardenal Ferrari). Maestrando en Maestría en Diseño Comunicacional (DICOM-UBA). Profesora Adjunta de Medios Expresivos I y II en Diseño Gráfico, FADU-UBA.

Para citar este artículo:

Pallone, M. (2016). "El papel de la nube. Del golpe de dados al clic". En Gómez, M. G., Casanovas, I. y Rico, E. J., *Actas de las IV Jornadas de Investigación en Edición, Cultura y Comunicación*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. ISBN: 978-987-4019-63-9.